

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Efrem de Montellà, monje de Montserrat
30 de septiembre de 2018
Mc 9,38-43.45.47-48

Todo el mundo recordará una noticia que hace unos meses se hizo viral: en París, un joven vio un niño a punto de caer de un balcón, y sin pensarlo dos veces escaló por la fachada en 40 segundos y le salvó la vida. Podríamos considerarlo simplemente como una acción heroica. Pero, para ese niño y para su familia, ¿no fue un milagro?

Hoy el evangelio también nos hablaba de uno que hacía milagros sin ser del grupo de los seguidores de Jesús. Y los discípulos se extrañaron. Pero Jesús les pide que lo dejen hacer, poniendo en evidencia que hacer el bien a otro no depende de la pertenencia a un grupo. Dicho de otro modo: hacer el bien es signo de pertenecer al único grupo que debería haber, el de quienes están llamados a salvarse. Las palabras de Jesús «quien no está contra nosotros está con nosotros», son una manera de decir que tenemos que estar por encima de las clasificaciones. Y los discípulos no lo estaban. De hecho, muchas veces nosotros tampoco lo estamos. A veces clasificamos a las personas por motivos que no se pueden elegir, como el país, la raza, o la tendencia sexual. Otras veces por circunstancias que suelen venir dadas, como la religión, el estatus social, o el dinero. Y otras veces por cosas que podemos decidir, como las opciones políticas, los gustos, o las aficiones. El problema es que a menudo confundimos estas categorías con las de "buenos" y "malos"... Como cristianos, podríamos pensar que ya lo tenemos todo hecho por el solo hecho de pertenecer a la Iglesia, como si la Iglesia fuera "el grupo de los elegidos", o un "club selecto de los buenos". Pero no es así. Es verdad que en la Iglesia se encuentra la plenitud de la salvación. Y es verdad también que la Eucaristía es el lugar privilegiado donde recibimos los dones que nos anticipan aquella realidad a la que todo el mundo es llamado, y nos ayudan a hacer camino hacia ella. Pero no es menos cierto que el Espíritu sopla donde quiere, y que no somos quienes le tenemos que poner límites. Por lo tanto, también fuera de la Iglesia hay trazas de la verdad, que Dios ha dispuesto cuidadosamente para que todos tengan la oportunidad de salvarse.

En nuestra sociedad hay personas de otros países, etnias, culturas, religiones, y creencias. Y también hay muchas maneras de pensar y de hacer diferentes, en el terreno de la política y en otros. Pero todas, absolutamente todas, están llamadas por Dios a la vocación humana y a salvarse. Jesús nos decía que fuera de este grupo sólo está quien él mismo se ha auto-excluido, el que «aleja de mí a uno de estos pequeños que tienen fe», decía, refiriéndose a estas personas que hacían el bien sin ser discípulos. Desgraciadamente, siempre hay personas que obran en contra de sus propios principios; también en la Iglesia las ha habido. Jesús se refiere con la dura imagen de la amputación, para subrayar su rechazo. Pero a pesar de todo, y hoy más que nunca, los cristianos deberíamos saber ver en el otro a un hijo amado de Dios con independencia de su raza, de la religión que practique, de la opción política que tenga, y los errores que haya podido cometer. Todo el mundo tiene la oportunidad de entrar en el reino de los cielos que Jesús nos vino a predicar.

Con los escolanes, tenemos unos textos que nos sirven para hacer la oración de la noche. Uno de ellos dice así: «Jesús no tiene manos; sólo tiene las nuestras para construir un mundo donde habite la justicia. Jesús no tiene pies; sólo tiene los nuestros para poner en marcha la libertad y el amor. Jesús no tiene medios; sólo tiene nuestra acción para lograr que todos seamos hermanos». Todos nosotros, como miembros de Cristo, podemos contribuir a hacer un mundo mejor si nuestras vidas se convierten en palabras y obras eficaces. El joven de quien hablábamos al principio era africano, musulmán, e inmigrante sin papeles; para mucha gente eso ya habría sido un estigma.

Pero nada de esto contó para que Dios se valiera de él para salvar una vida, y hacer el bien. ¡Qué diferente podría ser nuestro mundo si viéramos las diferencias como una riqueza, y consideráramos a todos como hermanos!